

944
L DC. 149
L4

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

Madrid.—Imp. de Fortanet, Libertad, 29.—Teléf.º 991.

INTRODUCCIÓN

Las revisiones de la Historia.

La Edad Moderna no es época solamente de descubrimientos, sino también de revisión de los diversos elementos del conocimiento. Después de reconocer que no existía fenómeno alguno cuya razón primera fuese asequible ahora, la ciencia ha tomado de nuevo el examen de sus antiguas verdades y ha comprobado su fragilidad. Hoy día contempla cómo, gradualmente, van desvaneciéndose sus viejos principios. La mecánica pierde sus axiomas; la materia, en tiempos substratum eterno de los mundos, conviértese en simple agregado de fuerzas efímeras condensadas transitoriamente.

A pesar de su aspecto conjetural, que la sustrae un poco á críticas demasiado severas, la Historia no se ha librado de esta revisión universal. No hay ya ni una sola de sus fases de la que se pueda decir que es conocida con seguridad. Lo que parecía adquirido definitivamente, pónese en duda.

Entre los acontecimientos cuyo estudio parecía

completo, figura la Revolución francesa. Analizada por varias generaciones de escritores, podría considerarse como perfectamente elucidada. ¿Qué decir de nuevo sobre ella, sino modificar algunos detalles?

Pero he aquí, sin embargo, que sus más convencidos defensores comienzan á dudar de sus juicios. Antiguos testimonios y evidencias, parecen muy discutibles. La fe depositada en ciertos dogmas, considerados como sagrados, se quebranta. Los últimos escritos sobre la Revolución traicionan estas incertidumbres. Después de relatar, se va renunciando más y más á sacar conclusiones.

No solamente los héroes de este gran drama son discutidos sin indulgencia, sino que se pregunta si el derecho nuevo, que sucede al antiguo régimen, no se hubiera establecido sin violencia, por efecto del progreso y de la civilización. Los resultados logrados no parecen ya de acuerdo con el precio que costaron, ni con las consecuencias lejanas que la Revolución hizo surgir de las posibilidades de la Historia.

Varias son las causas que han traído la revisión de este trágico período. El tiempo ha calmado las pasiones; numerosos documentos han salido de los archivos y se aprende á interpretarlos con independencia.

Pero, probablemente, lo que más obrará sobre nuestras ideas, permitiéndonos penetrar mejor en los hombres y en los móviles de su conducta,

será la psicología moderna. Entre sus descubrimientos, aplicables desde ahora á la Historia, es preciso mencionar, sobre todo: el conocimiento profundo de las acciones ancestrales, las leyes que rigen á las multitudes, las experiencias relativas al disgregamiento de personalidades, el contagio mental, la formación inconsciente de las creencias y la distinción de diversas formas de lógica.

A decir verdad, estas aplicaciones de la ciencia, utilizadas en esta obra, no lo habían sido todavía. Los historiadores se han dado generalmente al estudio de los documentos. Esto bastaba á suscitar las dudas de que hablábamos anteriormente.

* * *

Los grandes acontecimientos que transforman el destino de los pueblos: revoluciones, nacimiento de creencias, por ejemplo, son, á veces, tan difícilmente explicables que es preciso limitarse á observarlos.

Desde el comienzo de mis investigaciones históricas, me sentí sorprendido por ese aspecto impenetrable de ciertos fenómenos esenciales; los relativos á la génesis de las creencias, sobre todo. Claramente observaba que para interpretarlos bien, faltaba algo fundamental. Dicho, por medio de la razón, todo cuanto decirse podía, no era preciso esperar más y debían buscarse

otros medios de comprender lo que aquella no explicaba.

Estos grandes problemas, envueltos en sombras estuvieron para mí durante largo tiempo. Lejanos viajes consagrados al estudio de los restos de civilizaciones desaparecidas, nada habían conseguido aclararlos. Muchas veces, reflexionando, fué preciso reconocer que el problema se componía de una serie de otros problemas que era necesario estudiar por separado. Esto es lo que hice durante veinte años, consignando el resultado de mis investigaciones en una serie de obras.

Una de las primeras fué consagrada al estudio de las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos. Después de demostrar que las razas históricas, es decir, formadas siguiendo los azares de la Historia, acaban por adquirir caracteres psicológicos tan estables como los caracteres anatómicos, trataba de explicar cómo transforman los pueblos sus instituciones, sus lenguas y sus artes. En la misma obra hice ver por qué, bajo la influencia de las variaciones bruscas del medio, pueden disgregarse por completo las personalidades individuales.

Pero fuera de las colectividades fijas, constituidas por los pueblos, existen colectividades móviles y transitorias, llamadas multitudes. Estas multitudes, con cuyo concurso se realizan los grandes movimientos históricos, tienen caracteres en absoluto diferentes á los de los individuos que las componen. ¿Cuáles son estos

caracteres? ¿Cómo evolucionan? Este nuevo problema fué examinado en *La Psicología de las Multitudes*.

Sólo después de estos estudios comencé á entrever ciertas influencias que escaparon á mi inspección.

Pero no era todo aún. Entre los factores más importantes de la Historia hallé uno preponderante: las creencias. ¿Cómo nacen estas creencias? ¿Son verdaderamente racionales y voluntarias, como hace largo tiempo se aseguraba? ¿No serán, por el contrario, inconscientes é independientes de toda razón? Cuestión difícil, estudiada en mi último libro *Las Opiniones y las Creencias*.

Mientras la psicología consideró las creencias como voluntarias y racionales, permanecieron inexplicables. Después de probar que son irracionales lo más á menudo y siempre involuntarias, he podido dar solución á este importante problema: ¿cómo ciertas creencias que ninguna razón sabría justificar, fueron admitidas sin dificultad por los espíritus más esclarecidos de todas las edades?

• La solución de dificultades históricas buscada durante tantos años, se presentó entonces ante mí con toda claridad. Llegué á la conclusión de que al lado de la lógica racional, que encadena los pensamientos y que fué en tiempo considerada como nuestro solo guía, existen formas lógicas muy diferentes: lógica afectiva, lógica colectiva y lógica mística, que dominan muy á

menudo la razón y engendran los impulsos generadores de nuestra conducta.

Bien sentada esta comprobación, me pareció evidente que si muchos acontecimientos históricos permanecen á veces incomprensidos, es porque se pretende interpretarlos á la luz de una lógica en realidad muy poco influyente en su génesis.

*
*

Todas estas investigaciones, resumidas aquí en pocas líneas, han sido fruto de muchos años. Sin confiar en terminarlas las abandoné más de una vez para volver á los trabajos de laboratorio, donde hay seguridad de acercarse á la verdad y adquirir fragmentos de certeza.

Pero si en extremo interesante es explorar el mundo de los fenómenos materiales, lo es todavía más descifrar á los hombres; y por ello siempre he sido impulsado de nuevo á la psicología.

Ciertos principios, deducidos de mis investigaciones, á mi parecer fecundos, resolví aplicarlos al estudio de casos concretos, y de este modo fui llegando á abordar la psicología de las revoluciones, particularmente la de la Revolución francesa.

Avanzando en el análisis de nuestra gran Revolución, disipáronse sucesivamente la mayoría de las opiniones determinadas por la lectura de libros que consideraba como inquebrantables.

Para explicar este período, no debe ser considerado como un bloque, como hacen varios historiadores. Se compone de fenómenos simultáneos, pero independientes unos de otros.

En cada una de las fases se desarrollan acontecimientos engendrados por leyes psicológicas que funcionan con la ciega regularidad de un engranaje. Los actores de este gran drama parecen moverse como lo harían los personajes de escenas de antemano trazadas: cada cual dice lo que debe y obra como debe.

Sin duda, los actores revolucionarios difieren de los de un drama escrito en que no estudiaron sus papeles; pero fuerzas invisibles se los dictan como si los hubiesen aprendido.

Precisamente porque sufrían el desarrollo fatal de lógicas para ellos incomprensibles, se les observa tan extrañados de los acontecimientos cuyos héroes fueron, y que nosotros mismos somos. Jamás sospecharon las potencias invisibles que les forzaban á obrar. Ni eran dueños de sus furores, ni dueños tampoco de sus debilidades. Hablan en nombre de la razón, pretenden estar guiados por ella, y, en realidad, la razón no les guía por ningún concepto. «Las revoluciones que tanto se nos reprochan—escribía Billaud-Varenne—no las deseábamos un día ó dos antes; solamente las suscitaba la crisis.»

No es que sea preciso considerar los acontecimientos revolucionarios como dominados por fatalidades imperiosas. Los lectores de nuestras obras saben sobrado que reconocemos al hom-

bre de acción superior el papel de disgregar las fatalidades. Pero no le es posible más que disociar un pequeño número y á menudo es impotente bajo el desarrollo de acontecimientos que no dominan más que en su origen. El sabio sabe destruir el microbio antes que obre, pero se reconoce impotente ante la evolución de la enfermedad.

Cuando una cuestión levanta opiniones violentamente contradictorias, puede asegurarse que pertenece al ciclo de la creencia y no al del conocimiento.

Hemos mostrado en un trabajo precedente que la creencia, de origen inconsciente é independiente de toda razón, no era jamás influenciada por razonamientos.

La Revolución, obra de creyentes, no fué sino juzgada por creyentes. Maldecida por unos, admirada por otros, ha sido uno de esos dogmas aceptados ó rechazados en bloque, sin que ninguna lógica racional interviniese en tal distinción.

Si en sus comienzos una Revolución religiosa ó política puede tener por base elementos racionales, en su desarrollo sólo se apoya sobre elementos místicos y afectivos absolutamente extraños á la razón.

Los historiadores que han juzgado los acontecimientos de la Revolución francesa en nombre de la lógica racional, no podían comprenderlos

porque esta forma de lógica no fué la que los dictó. Habiendo sido mal comprendidos por sus mismos autores, no es alejarse mucho de la verdad decir que nuestra Revolución fué un fenómeno tan incomprendido por los que la hicieron como por los que la relataron. En ninguna época de la Historia se ha percibido tan poco el presente, ignorado tanto el pasado y menos adivinado el porvenir.

La potencia de la Revolución no residió en los principios, muy antiguos por supuesto, que quiso esparcir, ni en las instituciones que pretendió fundar. Los pueblos se vanaglorian muy poco de las instituciones y todavía menos de las doctrinas. Si la Revolución fué muy fuerte, si hizo aceptar á Francia las violencias, los asesinatos, las ruinas y horrores de una espantosa guerra civil, si, en fin, se defendió victoriosamente contra la Europa en armas, es porque había fundado, no un nuevo régimen, sino una religión nueva. La Historia nos enseña, además, hasta qué punto es irresistible una fuerte creencia. La Roma invencible hubo de rendirse en tiempos ante ejércitos de pastores nómadas iluminados por la fe de Mahoma. Los reyes de Europa no resistieron, por idéntica razón, á los andrajosos soldados de la Convención. Como todos los apóstoles se hallaban prestos á ser inmolados con el solo fin de propagar sus creen-

cias, que, según sus sueños, habían de renovar el mundo.

La religión así fundada tuvo la fuerza de sus anteriores, pero no su duración. No perece, sin embargo, sin dejar huellas profundas, y su influencia continúa siempre.

* * *

No consideraremos la Revolución como un corte en la Historia, como la creyeron sus apóstoles. Es sabido que para demostrar su intención de construir un mundo distinto del antiguo, crearon una nueva era y pretendieron romper enteramente con todos los vestigios del pasado. Pero el pasado nunca muere. Está todavía más en nosotros mismos que fuera de nosotros. Los reformadores de la Revolución estaban saturados, sin saberlo, del pasado, y no hicieron sino continuar, bajo diferentes nombres, las tradiciones monárquicas, exagerando hasta la autocracia y la centralización del antiguo régimen. Tocqueville no tuvo trabajo en mostrar la Revolución como no haciendo otra cosa que derribar lo que se iba á caer.

Si en realidad la Revolución destruyó pocas cosas, favoreció, sin embargo, el nacimiento de ciertas ideas, que en seguida continuaron agrandándose. La fraternidad y la libertad que proclamaba no sedujeron mucho á los pueblos, pero la igualdad llegó á ser su evangelio, el punto sobre que giran el socialismo y toda evolución

de las ideas democráticas actuales. Puede decirse que la Revolución no terminó con el advenimiento del Imperio, ni con las restauraciones sucesivas. Sordamente ó á pleno día, se ha desarrollado lentamente en el tiempo y continúa pesando todavía sobre los espíritus.

* * *

El estudio de la Revolución francesa, al cual está consagrada una gran parte de este libro, tal vez destruya más de una ilusión al lector, mostrándole que los libros que la relatan contienen un conjunto de leyendas muy lejanas de las realidades.

Esas leyendas serán sin duda más vivientes que la Historia. No lo lamentemos demasiado. Puede ser interesante para algunos filósofos el conocimiento de la verdad, pero para los pueblos las quimeras parecen siempre preferibles. Sintetizando su ideal, constituyen potentes móviles de acción. «Perderíase energía si no se estuviese sostenido por ideas falsas», decía Fontenelle. Juana de Arco, los Gigantes de la Convención, la Epopeya imperial, todos esos brillantes hechos del pasado, serán siempre generadores de esperanza en las horas sombrías que siguen á las derrotas. Forman parte de ese patrimonio de ilusiones legadas por nuestros padres y cuya potencia es á veces superior á la de las realidades. El sueño, el ideal, la leyenda, lo irreal, en una palabra, he aquí lo que conduce la Historia.

PRIMERA PARTE

ELEMENTOS PSICOLÓGICOS DE LOS MOVIMIENTOS
REVOLUCIONARIOS